FRANZ JALICS

ESCUCHAR PARA SER

Dimensión contemplativa de las relaciones interpersonales

Edición a cargo de
PABLO D'ORS

SEXTA EDICIÓN

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA
2025

Traducción de José Manuel Lozano-Gotor
del original alemán *Miteinander im Glauben*

© Franz Jalics, *Obras completas*, 2020
© edición en lengua española de las *Obras completas* de F. Jalics: Asociación Amigos del Desierto, 2020
© de la presente edición: Ediciones Sígueme S.A.U., Salamanca 2021
C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España
Tlf.: (+34) 923 218 203 - ediciones@sigueme.es
www.sigueme.es

ISBN: 978-84-301-2096-3 (obra completa)
ISBN: 978-84-301-2097-0 (volumen I)
Depósito legal: S. 98-2022
Impreso en España / Unión Europea
Imprenta Kadmos, Salamanca

CONTENIDO

Presentación, de Pablo d'Ors 9

ESCUCHAR PARA SER

Prólogo 19
1. Convertirse al prójimo 25
2. Favorecer la autonomía 37
3. Acoger a la persona 55
4. Escuchar el fondo 93
5. Dar testimonio 97
6. Practicar lo aprendido 119
7. La comunicación grupal 155
8. Bendecir con el corazón 189

Índice general 203

PRESENTACIÓN

Pablo d'Ors
Fundador de Amigos del Desierto

La aportación de Franz Jalics (Budapest, 1927-2021) crece conforme pasa el tiempo. En una línea muy afín a la de Thomas Keating (1923-2018) o a la de John Main (1926-1982), quizá los principales maestros del silencio dentro del catolicismo en estas últimas décadas, la figura de Jalics se alza hasta tal punto que no dudaría en vaticinar que, con el paso de las décadas, se constituirá en el principal referente espiritual en ámbito católico para muchas generaciones venideras. Esta es una afirmación osada, sin duda, pero avalada por su obra escrita, de apariencia más bien modesta. De hecho, crece el número de cristianos, pero también de no cristianos, que confiesan sin ambages ser discípulos de Jalics, algo particularmente significativo desde el momento en que él nunca pretendió crear una escuela de meditación propiamente dicha, sino tan solo introducir a los sedientos de espíritu en su método contemplativo y, si así lo deseaban, acompañarlos un trecho del camino.

Entre la legión de seguidores de Franz Jalics quiero mencionar a los llamados Amigos del Desierto (AdD), una red de meditadores, constituida como asociación privada de fieles, cuyo propósito es profundizar y difundir la dimensión contemplativa desde una cepa cristiana. Menciono a este colectivo porque se erige y organiza precisamente en torno a las enseñanzas del maestro Jalics (así como bajo la paternidad de Charles de Foucauld, una suerte de padre del desierto contemporáneo).

Desde que empecé a bucear en la obra de Jalics, dispersa en distintas editoriales, en buena medida sin reeditar y en traducciones más que dudosas, comprendí que una de las tareas fun-

damentales de los AdD era la reedición de su obra completa, debidamente ordenada y revisada. Esta tarea se planteó desde el primer momento con un claro horizonte: ofrecer un material de calidad a todos los buscadores espirituales, confesionalmente cristianos o no, y servir a la Iglesia, tan necesitada, quizá hoy más que nunca, de guías espirituales.

La revisión literaria de este volumen en particular, con el que hemos decidido comenzar esta aventura de *Opera omnia* (pese a no ser el primero en la producción jalicsiana), ha sido laboriosa y profunda. A este fin he manejado tanto la edición original de *Aprendiendo a compartir la fe*, su título original, como la posterior traducción al alemán, revisada y prologada por el propio Jalics. Confieso haberme permitido muchas licencias a la hora de reformular algunas de las ideas del maestro, pero siempre –o en eso confío– respetando su espíritu y, por supuesto, con una clara intención pastoral. Mi trabajo de revisión y edición ha estado guiado por un enorme respeto hacia Jalics –reverencia, me atrevería a decir–, pero también por el deseo de que su mensaje llegue al lector y meditador de hoy. Confío haber cumplido, al menos lo suficiente, este propósito.

¿Qué es lo que el lector encontrará en las páginas que siguen? Buena parte de los lectores de Jalics conocen lo que podría designarse su patrimonio místico, recogido fundamentalmente, aunque no sólo, en *Ejercicios de contemplación*, su obra más definitiva. Pocos, en cambio, han tenido acceso a su, llamémoslo así, patrimonio ético. Porque Jalics no sólo meditó, sino que escuchó a los demás. En efecto, este memorable jesuita desplegó una tarea pastoral de primerísimo orden, que le ocupó tanto tiempo, o probablemente más, que el que invirtió a estar a solas ante el misterio. Y, lo que es todavía mejor: nos ha dejado escrita su experiencia. Es de esto de lo que trata *Escuchar para ser. Dimensión contemplativa de las relaciones interpersonales*. ¿Cómo guardar en el corazón la vida del otro? ¿Es posible aprender algo así?

Me permito resumir aquí, a modo de introducción, las que son las principales enseñanzas de Jalics a este respecto, que bien

podrían resumirse en las siguientes palabras: proporcionalidad, autonomía, reflejo, pausas, revelación, gratuidad y diálogo. Estas son, pues, las pautas o consignas que pueden ayudar, según el maestro, a una comunicación interpersonal y grupal digna de este nombre.

Primera enseñanza: *La proporcionalidad*. La relación que se mantiene con Dios, con los demás y con uno mismo es exactamente proporcional. El autor insiste en ello. ¿Quieres saber la relación que mantienes con Dios? Mira la relación que tienes con los demás. Si amas a una persona, quieres a diez, te caen bien unas veinte, te son indiferente sesenta, hay trece o catorce que, francamente, no te hacen muy feliz, y una o dos, qué le vamos a hacer, a las que no puedes ni ver, exactamente así es tu relación con Dios: le amas en uno por ciento, te deja indiferente en un sesenta por ciento, te resulta agradable en un veinte, y así sucesivamente. Si ofrezco un ejemplo tan concreto es porque el propio Jalics los propone, sabedor de que, si nos quedamos en los grandes principios, el mensaje nunca llega al corazón del hombre. Todo esto, en cualquier caso, lo dice la Sagrada Escritura de un modo mucho más rotundo: «Quien diga que ama a Dios y no ama a sus hermanos, es un mentiroso» (1 Jn 2, 4).

Segunda enseñanza: *La autonomía personal*. Convertirse al prójimo significa creer que el otro, por deteriorado o en declive que pueda estar, tiene la capacidad de comprenderse y de curarse. Desde esta perspectiva, ayudar a alguien no es sacarle del agujero, sino mostrarle que él mismo puede salir de él, sea porque hay un camino que puede y debe descubrir, sea, más sencillamente, porque no hay agujero en absoluto. Creer en la autonomía personal y promoverla significa que no cabe ayudar desde fuera (todo eso son falsas ayudas), sino que el mejor servicio que cabe prestar a los otros es creer en ellos. Por otro lado, sólo un contemplativo puede creer verdaderamente en una persona, puesto que sólo los contemplativos ven el fondo de las personas. Querer a alguien es, pues, darle la posibilidad de autoestima. Dicho de otra forma, aún más radical: sin contemplación el amor no tiene raíz.

Tercera enseñanza: *El reflejo*. Creer en la autonomía personal, tanto propia como ajena, es algo que puede aprenderse. Los entrenamientos posibles a este efecto son múltiples, pero el fundamental –tomado de Carl Rogers, el famoso psicoterapeuta norteamericano– es el llamado reflejo. Reflejar es devolver lo que se dice sin cargarlo emocional ni intelectualmente, es decir, sin añadir los propios pensamientos o sentimientos, sino acogiendo lo que se dice y devolviéndolo en la máxima pureza posible, de modo que el interlocutor, ante esta devolución, pueda ir más adentro en su propia indagación, aproximándose cada vez más a la verdad, que es lo que le hará libre. Mantener una conversación reflejando supone una importante dosis de humildad y de paciencia, exactamente igual que en la práctica meditativa.

Cuarta enseñanza: *Las pausas*. Un diálogo en el que nuestro interlocutor es reflejado irá siendo cada vez más pausado, es decir, habrá en él silencios más prolongados, tanto entre las palabras como entre las frases. La prueba de que se está hablando de algo espiritual o, más sencillamente, de algo del corazón, de algo que nos importa, es que se habla más despacio. Tanto más despacio se habla, tanto más importa lo que se está diciendo. La prisa es, pues, enemiga de la contemplación y de la verdadera comunicación. La comunicación vertiginosa no es verdadera comunicación, sino manipulación. Las pausas entre palabras o frases prueban que esas palabras o frases dichas no son aprendidas, sino que están siendo buscadas en el hondón de quien habla, de que se están creando en ese instante. Además, esas pausas son las que posibilitan que el mensaje pueda llegar a su interlocutor. Dicho de otro modo, que el silencio es, en el fondo, el signo de que el receptor realmente importa; que no se quiere simplemente soltar lo propio, sino que interesa que llegue realmente a su destinatario para que allí ese contenido y esa forma le trabajen por dentro.

Quinta enseñanza: *La revelación*. Un diálogo fecundo no es simplemente un intercambio de opiniones o de información, sino una plataforma privilegiada –quizá la plataforma por exce-

lencia– para la búsqueda de la verdad y para el descubrimiento de la vida. La verdad (sobre la propia vida, sobre la vida en general, sobre Dios…) no es algo que se tiene o se deja de tener, sino algo que se gesta, algo que se alumbra, un espacio de luz en el que se entra (y del que se puede salir). Y el diálogo es la mejor plataforma para que tal gestación y alumbramiento pueda tener lugar. Esto significa que la verdad, la vida, es un acontecimiento esencialmente interpersonal, que es en la relación donde nace, se despliega y se descubre. No se habla con los otros simplemente para hacer o que nos hagan el bien, sino para descubrir lo que se es. Esta es la perla escondida que late tras cada conversación, por lejos de ella que se pueda estar.

Sexta enseñanza: *La gratuidad*. Nada de todo esto puede acaecer cuando una relación interpersonal no está motivada por la gratuidad, sino por el interés. Si se habla con otro para que al final nos pague la sesión, o para autoafirmarnos, o para reforzar una institución, todo este proceso contemplativo de las relaciones interpersonales queda dinamitado de raíz. Jalics insiste en esto, convencido de que muchos de los así llamados diálogos pastorales terminan frustrándose porque el interés del sacerdote o del pastoralista en cuestión no es puro: quieren que esa persona con quien hablan se confiese y comulgue, por ejemplo, o que vaya a misa, o que no se marche de la institución que ellos representan…, por seguir con los ejemplos. Su punto de mira no está entonces en lo que la persona trae consigo, sino en lo que ellos tienen previamente. Por hermoso que eso previo pueda ser, siempre es un impedimento para la verdadera relación interpersonal. Ser amigo de un cura –uno de los ejemplos que el propio Jalics trae a colación– es muy difícil, puesto que antes o después te pedirá algo. Los intereses de los curas casi siempre están en la gloria de su institución (de su parroquia, de su movimiento…), no en las personas. Por ello, es preciso crear plataformas pastorales donde no exista un interés institucional; y revisarlas periódicamente para que no terminen por ser autorreferenciales. Sólo esto posibilitará la verdadera escucha.

Séptima y última enseñanza, aunque hay, desde luego, muchas más: *El diálogo*. Un diálogo no es simplemente escuchar –y mucho menos sólo reflejar–, también es hablar; no es sólo recibir, también hay que dar. El asunto es qué se da, por qué se da y, ciertamente, cómo se da. ¿Qué debe darse en un diálogo pastoral, o espiritual, o en una relación de ayuda? Sólo lo esencial. No debe uno perderse en lo periférico o circunstancial, sino que debe ir siempre, y por sistema, a lo nuclear. Eso es lo que debe darse. ¿Por qué? Porque lo contemplativo es lo que atañe al centro, no a la periferia. Apuntando al propio centro se invita al otro a apuntar al suyo, y es ahí, desde ambos centros, donde puede producirse la experiencia de la comunión y del amor.

¿Cómo puede darse eso tan esencial o central que apunta tanto afectiva como efectivamente al centro del interlocutor? Con respeto, con suavidad, con progresión y con luminosidad. El respeto es el primer nivel de la comunicación. Sin respeto, es decir, aceptación de que el otro sea otro, no se puede avanzar en la comunicación. No se trata de llevar al otro a la propia orilla, sino de navegar juntos un tramo del río. Ese respeto se manifiesta en la suavidad: las propias palabras son sencillas, no complicadas; se formulan despacio, no deprisa; en un tono agradable, para que vayan entrando a un ritmo adecuado en la mente del otro y, acaso, en su alma. La suavidad es siempre una prueba de amor. El mensaje que se transmite es progresivo, es decir, está secuenciado, se va adelante en la medida en que es acogido, es un mensaje articulado, construido, aunque sea una construcción muy elemental. Por último, es luminoso, esto es, resulta comprensible en sí mismo y ayuda a que los interlocutores comprendan que ellos son la palabra que Dios les ha dado. Las palabras son caminos para la palabra que somos. La palabra que somos es el camino para la palabra que es. El diálogo interpersonal es la forma privilegiada de acceso a un Dios que es diálogo (intra-trinitario).

Concluyo este ya largo prólogo con una última advertencia. Si bien el tema por excelencia de la obra de Jalics es la oración

contemplativa y, en este sentido, el trabajo interior en el silencio, también lo es que ese silencio meditativo es en orden a la escucha. ¿A la escucha de qué? A la escucha de lo que en la tradición cristiana se conoce como palabra. Silencio y palabra están, pues, en una íntima relación, lo que significa que uno no puede comprenderse sin el otro, algo así como el yin y el yang o como la noche y el día: ambos forman parte de lo mismo, uno es el camino para ir al otro y viceversa.

Nosotros, que somos una generación escéptica ante el poder de la palabra –quizá porque hemos sido víctimas del exceso de palabras, de la sobreinformación–, tendemos a separar palabra de realidad. Pensamos que primero están las cosas –la nube, el árbol, la montaña…– y luego viene el ser humano y las nombra, diciendo: nube, montaña, árbol… No es esta, sin embargo, la mentalidad bíblica, para la que Dios crea por la palabra, lo que significa que el secreto de las cosas es, precisamente, la palabra con la que están hechas. Guardar la palabra en el corazón –expresión que condensa como ninguna otra la tradición contemplativa en el cristianismo–, no es, simplemente, como a menudo se ha pensado, guardar la palabra bíblica, sino guardar la realidad, de la que la palabra bíblica quiere ser precisamente un símbolo o un mapa. Lo que se ha de guardar, pues, lo que se debe contemplar en el corazón, no es otra cosa que la vida.

El modelo más insigne de meditación en el cristianismo es la Virgen María, de quien los evangelios dicen que «guardaba» todas esas cosas en su corazón. Guardar, es decir, custodiar, cuidar, atender, preservar. ¿Dónde? En el corazón, esto es, en la sede volitiva y sentimental del ser humano; pero no sólo, sino en su centro, pues para la mentalidad bíblica el corazón era lo más radical. La principal forma para guardar la vida es para Franz Jalics la meditación silenciosa. Pero esa meditación en silencio y quietud nunca debe convertirse en un ídolo, sino que ha de encaminarse a la vida. La vida es el absoluto, no la práctica meditativa; es en la vida cotidiana –no en las sentadas– donde finalmente se juega todo. Esa vida co-

tidiana, lo sabemos bien, está llena de escenarios, quehaceres, colores, reclamos…; pero uno de ellos, acaso el fundamental, es precisamente el de las relaciones interpersonales.

Es con los demás donde se ha de aplicar lo que se aprende en la práctica meditativa. De modo que si la mística o meditación no lleva a la ética –al amor en las relaciones interpersonales–, entonces no es verdadera mística, sino una sofisticada forma de alienación.

Concluyo diciendo que el título original de este libro es *Aprendiendo a compartir la fe*. Así como me atreví a cambiar *El acompañamiento espiritual en los evangelios* por *Jesús, maestro de meditación*, en la revisión que en su día hice de este volumen, también ahora me he permitido rebautizar estas páginas con dos palabras que, a mi entender, son capitales en el universo de Jalics: escuchar y ser. Porque, si bien es cierto que en los capítulos que siguen se abordan muchísimos aspectos de la comunicación humana –siempre desde la óptica de la pastoral y de la espiritualidad–, también lo es que el punto de partida es siempre la escucha, y el de llegada el ser, el ser en plenitud.

Ojalá que esta nueva edición de este manual para el acompañante espiritual y para el animador de grupos toque muchos corazones, cumpla su destino y, de este modo, honre la memoria de su autor.

ÍNDICE GENERAL

Presentación, de Pablo d'Ors 9

Prólogo 19

1. Convertirse al prójimo 25
   1. Interesarse por el otro 25
   2. Ponerse en el lugar del otro 28
   3. El diálogo pastoral 30

2. Favorecer la autonomía 37
   1. El yo y la imagen que uno tiene de sí mismo 37
   2. Una atmósfera de respeto 44
   3. Actitudes que favorecen la libre expresión 48

3. Acoger a la persona 55
   1. Respuestas posibles 55
   2. Atender a lo principal 61
   3. Mirar a la persona, no a su problema 64
   4. Fijarse en la intención, no en lo revelado involuntariamente 66
   5. Formas del reflejo 68
      a) El reflejo 68
      b) El reflejo de un contenido no expresado 70
      c) El movimiento pendular 70
      d) El reflejo de contraste 72
      e) El reflejo mediante repetición 73
      f) El reflejo del sentimiento 75
      g) El esclarecimiento 76
   6. Frecuencia del reflejo 77
   7. El reflejo no debe ser una pregunta 78
   8. Hablar rápido, hablar despacio 79

9. No interrumpir las pausas en el diálogo 79
10. El reflejo recapitulador 80
11. El tránsito de escuchar a hablar 81
12. El talante contemplativo 89

4. Escuchar el fondo 93

5. Dar testimonio 97
1. El testimonio de vida 97
2. El testimonio en el ámbito de la enseñanza 105
3. Algunas modestas sugerencias 116

6. Practicar lo aprendido 119
1. Con los excesivamente fervorosos 120
2. Con los agresivos 124
3. Con los que sufren 141
4. Con los que buscan 146
5. Lo que acontece en el silencio 150
6. El orador 153

7. La comunicación grupal 155
1. La formación de la conciencia de grupo 156
2. El objetivo de la reunión 166
3. La dinámica de la dirección 172
4. Las tres fases de una reunión 180
5. Distintas clases de grupos 184

8. Bendecir con el corazón 189
1. El amor en la pastoral 189
2. La oración en la pastoral 193
3. La bendición en la pastoral 194

OBRAS DE FRANZ JALICS

Se presenta en orden cronológico el listado de sus libros. Al mismo tiempo, se indica el título y número de volumen con que aparecen en la presente edición de las obras completas:

1. *El encuentro con Dios* (original en castellano, Buenos Aires 1970) – *Encontrarse con Dios*, Obras completas III, 2023.
2. *Cambios en la fe* (original en castellano, Buenos Aires 1972) – *Cambios en la fe*, Obras completas V, 2024.
3. *Aprendiendo a orar* (original en castellano, Buenos Aires 1973 - Madrid 1984) – *Manual de oración*, Obras completas II, 2022.
4. *Aprendiendo a compartir la fe* (original en castellano, Buenos Aires 1978) – *Escuchar para ser*, Obras completas I, 2020.
5. *Ejercicios de contemplación* (original en alemán: *Kontemplative Exerzitien*, 1994; primeras ediciones en castellano: Buenos Aires 1995 y Salamanca 1998) – *Ejercicios de contemplación. Iniciación a la oración contemplativa*, Obras completas IV, 2024.
6. *El camino de la contemplación* (original en castellano, Buenos Aires 2006) – *El camino de la contemplación*, Obras completas VI, 2025.
7. *Jesús, maestro de meditación*, PPC, Madrid 2015 (original en alemán: *Die geistliche Begleitung im Evangelium* [*El acompañamiento espiritual en el evangelio*] Echter, Würzburg 2012), en preparación.